

LA BOCA DE EVA MENDES

La actriz se llama Eva Mendes. He tenido que esperar a que el periodista regrese de Madrid. Es un recorte. Sólo podía enviármela a un correo electrónico o a un móvil y yo no tengo. Mejor, así no dependo de la batería para verla. Sí que se parece, sí. Sobre todo si doblo la foto y veo sólo la boca. Amira tiene los ojos más grandes.

El sol vuelve a caer en picado sobre las azoteas reseca y agujereadas. Alguien se ha atrevido a tender unas camisetas azules en el barrio de Ahmet. Por el visor del fusil veo que es el edificio donde estaba Electromundi. En esa tienda compró mi padre un portátil para mi hermana cuando se fue a la universidad de Damasco, antes de la guerra. Parece que fueron otras personas las que se sentaron alrededor de la mesa camilla para ver como Fahra le daba al botón, sonaba una música y la pantalla se ponía azul. Mi hermano pequeño y yo aplaudimos, era algo nuevo, y Fahra comenzó a mover los dedos por el teclado y abrir casillas y escribir letras. Esa noche pude ver la luz azul en su habitación hasta que me quedé dormido.

Un año más tarde mi hermana tuvo que vender el portátil para comprar cuatro billetes de autobús hacia Líbano e intentar escapar de la guerra. Dio igual porque un francotirador como yo desde una ventana como ésta acribilló el autobús a unos doscientos kilómetros y los mató a todos. Yo había revendido mi billete en secreto la noche antes. Quise ayudar a mi padre, que se quedó en Homs para malvender las cosas de su taller y conseguir un dinero con el que luego empezaríamos juntos una vida en España. No nos enteramos de lo que había pasado con el autobús hasta mucho después, mi padre de hecho nunca lo supo.

Es increíble que yo recuerde esas tres semanas deambulando por Homs como las mejores de mis diecisiete años de vida. Ya no había colegio porque la guerra estaba a las puertas y todos los días salían autobuses desde el mercado central con mujeres y niños hacia cualquier sitio. Yo había visto eso en la televisión, cuando la guerra en Irak o en Afganistán, pero los que iban ahora en los autobuses eran mis compañeros de clase o mis vecinos. O gente a la que mi padre había arreglado el coche o una máquina de coser.

Mi padre arreglaba todo lo que se le pusiera por delante. Por eso su taller era como el estómago de una vaca gigante, decía. Cada tuerca, cada goma y cada clavo se rumiaban el tiempo necesario en cajones y estanterías, y antes o después se reciclaban en algo mejor. Eso hacía que la mayor parte del barrio pasase por nuestro taller para despedirse antes de dejar Siria. Mi padre era un hombre bueno. En aquellas semanas aceptó comprar toda clase de aparatos inútiles.

Ese día brillante de marzo de hace cuatro años, sé que era el 22 porque el 21 hubo un eclipse de sol que por unas horas interrumpió las noticias de la guerra en los telediarios, me tocó ir detrás de la

estación de autobuses a recoger una máquina de escribir amarilla que mi padre había comprado por veinte dólares a un viejo amigo. Amira estaba cosiendo un botón tras una ventana abierta, ya hacía calor. La vi sin querer y me quedé a observarla escondido detrás de un contenedor de basura. La manta constante de pitidos y motores que cubre Damasco se arrebuja a los pies de aquella ventana y yo recuerdo a Adira en silencio, pasando la aguja por el botón, de forma que casi puedo oír el hilo. Ella levantó sus redondos ojos negros y me descubrió. Seria, me sostuvo la mirada. Salí de mi escondite, llevé los dedos a mi cara y me dibujé una sonrisa. Tardó una eternidad pero me sonrió de vuelta.

Durante tres semanas nos sonreímos todos los días. Averigüé su nombre, que tenía trece años y dos hermanas pequeñas, que eran los últimos vecinos del edificio, y que estaba leyendo en francés la historia de un niño preso en pijama. Leía en voz alta cerca de la ventana. Yo a penas entiendo francés pero me encantaba mirar su boca cosquilleando las palabras. De vez en cuando, levantaba la vista y a mi señal, nos sonreíamos. Entonces Homs se ondulaba y durante unas horas quedaba más cerca del sol. Mi padre estaba asombrado de la cantidad de ruedas, timbres, cafeteras y linternas que la gente dejaba abandonadas en torno a los andenes de autobuses.

Ahora, vista desde aquí, la estación parece un hormiguero. Está llena de agujeros y sólo entran y salen personas de negro, guerrilleros o viejas con los ojos como cuencos, buscando recoger alguna noticia de un hijo en el frente o huido. Ya casi no salen autobuses, no tienen a quien llevar. Por la noche hay dentro al menos cinco fogatas. Me gusta mirarlas por el visor y pensar que estamos todos en un salón o en una montaña, contando historias.

La mía, si la cuento hoy, sería muy triste. Pero cuando Amira regrese de Francia a por mí y formemos una familia, aquí o allí, me da igual, será una historia de amor.

Cuando mi padre descubrió por qué mis hallazgos venían del mismo barrio, me dijo que no perdiera el tiempo porque en dos días nos íbamos. Aún esperábamos noticias de mi madre, a la que todavía imaginábamos camino de una ciudad que se llama Almería, pero el acuerdo era verse allí antes del fin del verano. Teníamos el dinero suficiente y un tío abuelo se haría cargo del local, abarrotado ya de trastos huérfanos. Era hora de partir.

-Mañana vas hasta el Walid Stadium y consigues un móvil que funcione fuera de Siria. Cogemos un autobús a las once de la noche hacia Tartús y de ahí, en barco hasta Almería.

Cuando amaneció corrí casi sin respirar hasta la ventana de Amira. Tenía dos horas para ir a por un teléfono móvil hasta el otro lado de la ciudad y regresar para ayudar a mi padre con las preparaciones.

Al llegar, ella y sus hermanas estaban fuera de pie, con la cabeza caída mirando hacia las maletas que tenían delante, mientras dos hombres rellenaban papeles sobre un *jeep* blanco de una ONG. La

madre tenía los brazos alrededor de Adira, contra la que se incrustaban sus dos hermanas pequeñas. Agazapado tras el contenedor, con la mirada en las mejillas brillantes de las tres niñas, oía la conversación.

-¿Crees que podrán ir las tres a la misma casa?

-Es lo que corresponde, son hermanas.

-Ya, pero una casa que acoja a tres...

-Por lo menos, haremos lo posible para que estén cerca. El caso es sacarlas de aquí cuanto antes. Ayer, un francotirador se cargó al padre en la cola del pan. Vete tú a saber qué nos encontramos el mes que viene.

-La mayor sabe francés. Eso les ayudará... ¿Amira?

El hombre avanzó hacia ellas. Amira levantó los ojos, pulidos por las lágrimas. No pude entender nada pero hablaron y se dieron la mano. Ella asentía y se mordía el labio. Los hombres hablaron entre sí una vez más. Amira se secó los ojos y, al levantar la vista, me encontró detrás del contenedor. Automáticamente sonreí. Ella me respondió.

-Tenemos que irnos. Hay que alejarse de Homs cuanto antes. Despedíos, por favor.

Las mujeres se abrazaron con sus rostros apretados durante varios segundos. Ya dentro del *jeep* ella me volvió a mirar llorando. Escondido aún, le hice nuestro gesto.

-Tienes una sonrisa preciosa, Amira. No llores. Cuidaremos de vosotras.

El conductor cerró la puerta y la madre se quedó inmóvil como un árbol seco hasta que el polvo del coche volvió a caer sobre el asfalto roto.

Si no me equivoco, todavía no se puede circular por esa calle. Las farolas caídas y los escombros del edificio de enfrente están aún en la carretera. Aún no me sé el nombre, es la calle de Amira.

Mi padre tuvo que ir a por el móvil esa tarde y pedirle un favor a un primo de mi madre porque yo no llegué a tiempo. Entonces las tiendas ya abrían sólo un par de horas por la mañana y luego echaban el cierre por miedo a asaltos y los tiroteos. Toda la parte oeste de la ciudad, la orientada hacia el mar, era ya un campo abierto de batalla. Cuando mi padre regresaba hacia casa con el teléfono, una bomba estalló en un café y le mató a él y a otras quince personas.

El periodista dice que me sería útil tener móvil, que si Amira volviese de repente sería más fácil encontrarme. Pero yo no quiero uno. Sólo traen malas noticias. Además, desde aquí tengo controlada la ventana de Amira. Sigue sin haber nadie en lo que queda en pie del edificio.

A veces por la noche me tumbo en la azotea, les doy las buenas noches a los de la estación, me tapo con la manta y sueño con el día en el que Homs vuelva a ondularse.